
UNO DE TANTOS.

I

No era Carlos partidario de la opereta, pero tampoco su enemigo.

Anunciaron la llegada de la compañía y sacó su abono tomando una butaca, la que le dieron, sin exigencias ni predilección, pidiendo únicamente que estuviera cercana á una puerta de salida, cualquiera de ellas, érale indiferente la de la derecha ó la de la izquierda; con tal de poder salir sin ser muy notado, á la hora en que el sueño lo venciera, no necesitaba de más. Iba al teatro por costumbre, por hacer algo, pero sin que le importara el género del espectáculo, significándole lo mismo una obra de magia que una ópera alemana; mudaba de traje según lo exigían las circunstancias, en cuanto á eso, nadie lo hacía renunciar.

Era esclavo de la corrección y de la propiedad; sobre que lo habían educado en Inglaterra! El lo confesaba, hablaba el español por milagro.

Vestía siempre de manera irreprochable, tenía pocos amigos, comía solo en una fonda, era parco en palabras, avaro en risas y jamás había llorado. Aunque ibero á medias, pues había nacido

en tierras españolas, las brumas londinenses le comunicaron desde niño su desconsoladora melancolía y su helada indiferencia. Gran partidario de la higiene y de la caridad colectiva, se la pasaba triste y aburrido en México por la ausencia de sus dos debilidades, resistía castamente los ataques de las mujeres á precio fijo, y trataba de establecer una sucursal de la sociedad protectora de los animales. Fuera de estas dos manías, que en rigor no podían calificarse de defectos, era, en el fondo, un excelente chico. Trabajador, ordenado, servicial y caballeroso. Tenía su existencia regulada como un cronómetro, y los libros comerciales de que estaba encargado como varios cronómetros. Nunca le reprochaban un déficit, ni una diferencia, ni un error, ni una raspadura. Pasábase los días inclinado sobre los infolios, cubiertos los brazos con medias-mangas de lustrina, ejecutando operación tras operación, mudo, incansable, contento; identificado con los números, encontrando cierto placer en ese trato incesante, prefiriendo de entre ellos el uno y el nueve porque le parecían los de aspecto más serio, los que más cuadraban con su propio carácter. Era refractario al amor, por naturaleza, y á los amigos, por egoísmo. Su ideal consistía en vivir ni envidiado ni envidioso, comiéndose su sueldo sin perjudicar á nadie. En el escritorio, cuando los compañeros le daban broma sobre cualquiera materia, se ponía muy colorado y medio enseñaba los dientes. Causaba pena verlo sonreír, entraban deseos de ir á buscar un médico ó de ofrecerle

algo, y él nada, tan fresco; concluían los efectos de la broma y concluía su mueca. Le pusieron "El hurón", ocurrencia que celebró de buena voluntad al saberla. Su sueldo era bueno, su salud mejor: estos dos elementos combinados con la práctica filosofía que obsequian los viajes, lo hacían simpático, aumentábanle sus relaciones que no contraía así como quiera, sino después de cautas informaciones y de una ligera ojeada retrospectiva á la genealogía de la familia que estaba llamado á frecuentar. Decíase noble, y el anillo de piedra negra infaltable en su meñique con pequeño bajo relieve que ostentaba un león coronado y ejecutando una pirueta como perro de feria, constituía su heráldica. Llamábase caballero —aquí ahuecaba la voz— de Winterhall, y nadie lo apeaba de esa caballería inofensiva, ignorada y problemática.

En cierta ocasión, se le creyó enamorado de una señorita de la buena sociedad y se esperaba la boda como la cosa más natural del mundo. Amigos y relaciones de la casa llegaron hasta determinar fechas, y en efecto, el negocio según todas las apariencias, iba al vapor, Carlos comía y almorzaba y casi vivía con los suegros. Del escritorio á ver á la novia y de allí al escritorio. En los paseos y en las reuniones siempre juntos, cuchicheando, con guiños de ojos, y recíprocas amabilidades. Ya la chica se ruborizaba á las menores alusiones de los íntimos, lo esperaba en el balcón y se le consagraba en la visita que invariablemente hacía él, por las no-

ches si era entre semana, y todo el día los domingos y fiestas. Repentinamente, sin causa, ni explicación, ni motivo, ni nada, dejó Carlos de visitarla, importándosele un bledo los comentarios á que tenía que dar lugar la irregularidad de su conducta. La familia echaba pestes y salió aquello de "estos aventureros" y "fíese Ud. de los buenos modales," "quién lo hubiera creído," "parece mentira;" la mamá recomendaba prudencia, muchísima prudencia por el qué dirán, la gente es tan maldiciente; la niña con crisis nerviosas públicas y privadas, palidez constante por la inconstancia que la provocaba, lamentaciones gemebundas y monosilábicas contestando á todo: oh! ah! ay!; alejamiento de diversiones; y el padre, que tenía su genio como cualquier hijo de vecino, entregado á millares de diablos, prometiendo palizas, reclamos, tiros, deseando duelos, sangre, camposantos y exclamando á cada paso aunque tuviera señoras por delante:

—"Maldita sea mi suerte."

Preveíase una catástrofe, un drama social, un escándalo mayúsculo, pero las conveniencias y la conservación del buen nombre, apaciguaron los ánimos y conjuraron la tormenta.

Increíble fué lo que padeció la reputación de Carlos Winterhall; durante mucho tiempo se le consideró un monstruo, un inmoral, un descorazonado que había descubierto su juego. Lo que quería, estaba clarísimo, era casarse con alguna rica, sin cuidarse de amores ni dibujos. Apenas si los espíritus fuertes de pública notoriedad, con-

tinuaron tratándolo, y él, sin abandonar su flema, acabó de aislarse, encerróse en un exterior indolente y reservado. Por eso jamás dejaba de asistir á los teatros, y especialmente al más favorecido, entreteniéndose en contemplar á las mujeres que merecían la pena, así fueran actrices ó espectadoras. Empleaba con éstas gran respeto, aprovechaba los momentos de distracción para estudiarlas á su gusto con el anteojo; mientras que con las primeras era menos cuidadoso.

Asestábales los gemelos hasta que se le cansaba el brazo, sin apropiarse la partícula infinitesimal que le correspondía de esas miradas vagas que las artistas dirigen á las multitudes que las aplauden.

Prefería las bailarinas y las coristas, convencido como lo estaba, de que las primeras partes no aceptan todo género de proposiciones; y reconocía que la opereta francesa, perjudicando su gravedad, lo ponía alegre como unas pascuas.

Se fijó la noche del estreno con anuncios en las esquinas de las calles, en las puertas de los cafés, en las de los hoteles, en todas partes; anuncios impresos á varias tintas y con letras grandes como puños, yendo de mayor á menor, desde el de la diva, que figuraba enorme como su fama, incomunicado dentro de media docena de signos admirativos, hasta el del apuntador, hecho con pequeñísimos caracteres, todos tenían sus recomendaciones y cualidades. La diva, parisiense, y el tenor cómico, y el director de orquesta: los demás repartíanse por las provincias y por Europa; quién venía de Pe-

F. GAMBOA.

tersburgo, quien de Islandia; dos partiquinas eran nada menos que de Constantinopla, dos turcas llamadas á un gran porvenir.

Más que elencos, parecían, los policromos cartelones, tratados de geografía continental al alcance de todas las fortunas.

El empresario no decía nada de sí mismo; figuraba allí su nombre porque no podía prescindir de publicarlo, pero en obsequio de la verdad, sin comentarios ni zarandajas, seco y aislado, adivinándose al patrón, al que paga.

Qué noche la del estreno! no se encontraba un asiento ni para remedio. Los revendedores imponían la ley, hacían sus cálculos con los dedos y sus víctimas con los precios. El empresario se paseaba satisfecho por el vestíbulo, frotábase las manos pretextando frío, para que no lo traicionara la deliciosa emoción que experimentaba al contemplar aquel "lleno" que colmaba sus ambiciones y deseos. En las taquillas exteriores se balanceaban los consabidos rótulos de: "No hay localidades." Daban los barrenderos los últimos escobazos sobre el terso piso de piedra artificial y los boleteros reconocían sus sillas al ocupar las rejas de la entrada. Las cortinas de las puertas se inflaban por intermitencias, impidiendo la salida del aire húmedo que partía del escenario, con el telón corrido aún. Dentro de la sala, el gas á media luz, apenas si dejaba distinguir las bancas y los atriles de la orquesta. Uno que otro acomodador sacudía las butacas, pasaba por encima de ellas para economizar terreno.

DEL NATURAL.

Atravesaban la escena los maquinistas en mangas de camisa, el martillo á la cintura, mandil de cuero, y una gorra mugrienta en la cabeza, preparando la decoración, y se respiraba un polvo finísimo, que hacía toser. La llegada de algunos músicos llenos de dignidad y calma, sin precipitarse, bien abrigados y mostrando las cajas de los instrumentos, que aparentaban por la forma y el negro barniz que las cubría, ataúdes de chiquillos, escopetas de caza, regalos de aguinaldo ó estuches de cirugía, hizo caer el telón con estrépito, sin miramientos, con la conciencia de que sólo estaban los de casa. Dos contrabajos apoyados contra el foro, parecían desde lejos, admiraciones escritas por un aprendiz de caligrafía ó por una persona que está de prisa. El encargado del alumbrado torció la llave, y dió al teatro torrentes de luz que lo mismo iluminaba las galerías que los pasillos, los altos que los bajos.

Comenzó el público á penetrar por parejas, por familias, por solitarios; caminaban de lado y con dificultades entre banca y banca, colocaban los abrigos sobre los respaldos de las lunetas, pagaban banquillos para los pies de las señoras, agachándose cegatones para verificar el número del asiento; los acomodadores marchaban por delante de muchos concurrentes y les designaban su sitio con ademán casi elegante; abríanse puertas; la orquesta en toda su sonora integridad, afinaba y se ponía en tono, produciendo al hacerlo, desde la melodía hasta el chirrido; los abonados entraban á buen pa-

so, repartirían palmaditas en los hombros de los conocidos y pedían excusas para cortar los grupos estacionados en la calle central, alcanzando su lugar sin titubear ni ayuda de nadie, dándose á conocer. Con pocas excepciones, todos leían la traducción del argumento de la pieza, en cuadernos pequeños y baratos, lo que hacía creer al pronto, en un templo protestante con afluencia de fieles.

La opinión era general, poquísimos incrédulos que no debían tomarse á lo serio, la compañía era muy buena, la mejor que habían tenido; qué mujeres, chico!—se oía de vez en cuando—yo estuve en la estación; hay una sobre todo... y comenzaban los detalles, en voz más baja, para perderse en el rumor inmenso que llenaba el local.

Llegó también el director de orquesta, rasurado y de frac, á ocupar su puesto, y enérgicos ceceos obligaron á que se sentara todo el mundo; no quería perderse ni una nota de la sinfonía; y en el momento en que el maestro alzaba la batuta, se instaló Carlos, acabado de entrar.

Comenzó la obertura, compuesta de los mejores trozos de la partición, llena de la ligereza y buen sabor que distingue á ese género de música, salpicada de notas que hacen cosquillas, que predisponen á reír á solas ó á pellizcar á la vecina de asiento aunque ella no dé entrada; que evocan las maldades olvidadas, los juegos con las primas bonitas y las primeras escapatorias nocturnas; que dan ganas de embromar. Las había tan intencionadas, tan alegres, algunas tan canallas, que nadie en la

sala se conservaba inmóvil; los hombres limpiaban los cristales de los gemelos con nerviosa insistencia y las señoras se abanicaban con prisa extraordinaria. Hasta los músicos estaban animados, notábaseles los efectos contagiosos de la fiebre que produce ese manjar compuesto de pimientos puros que se llama opereta; los que tenían á su cargo los *latones* inspiraban serios temores, parecía que los ojos iban á saltárseles de las órbitas y los carrillos á reventarles, y los *violines*, voluptuosamente inclinada la cabeza sobre las cajas, se abandonaban al delicioso compás que los adormecía. Se respiraban fuego y malas tentaciones; la atmósfera estaba cargada de deseos pugnando por desbordarse; hubiera podido encenderse un cigarrillo en cualquiera parte, exponiéndolo á ese contacto.

Uno de los municipales de vigilancia se hacía aire con el kepí, sacrificando la ordenanza.

Daban ganas de gritar "agua" y se hubiera agradecido un diluvio artificial. Realizábase lo de la ciudad oxigenada. Los retrasados pagaban los vidrios rotos; por muchos esfuerzos que hacían para no ser sentidos, andando de puntillas y agazapándose, no escapaban á las iras de los asistentes. Ceceábanlos con positiva cólera por su involuntaria impertinencia, fijándolos con semblante fiero, intransigente, terrible. Calló la orquesta y continuó paladeándose por buen rato la sabrosa impresión de los picarescos acordes, vagando aún por las galerías altas coronadas de multitud de puntos negros que se movían sin cesar. Respirábase con difícil-

tad, y para acabar de enardecer á los concurrentes, el ambiente estaba impregnado de ese aroma difícil de clasificar y dominante siempre en toda reunión numerosa, aroma penetrante y débil á la vez, que halaga la nariz y lastima la médula, que de todos parte y nadie monopoliza, esa mezcla de transpiración de mujer y perfume de gente decente; aroma que en el acto se reconoce, cuya ausencia en seguida se echa de menos y cuya influencia, en bailes y saraos, es de tonos varios y de multiplicados matices. Afortunadamente se corrió el telón, ya era tiempo; la bocanada de aire húmedo que saludó al público, calmó los ánimos, hizo toser á uno que otro y restableció el orden.

Las luces de gas se inclinaron para dejarla pasar, arrebatando de aquí y de allá un fragmento que como fuego fátuo moría al nacer.

El asunto comenzaba con un corito de aldeanas vestidas de corto y aldeanos vestidos de largo.

Discurrían en grupos, por la escena, dejaban en primera fila á las de palmito más pasadero, encargadas principalmente de llamar la atención con lo que pudieran, que las pobrecitas no estaban obligadas á tener buena voz. En los asientos laterales, se gastaban los primeros cartuchos, y era natural; allí se está á quemarropa y por eso, en lo general, vense ocupados por veteranos que no tiemblan en el primer choque con el enemigo; que enristran el antejo con mano firme esperando las consecuencias, y preparan la cartera adivinando el saqueo.

Aplaudióse al coro, por nada, por mera galante-

ría, pero la verdad, ni quién se fijara en él. Se esperaba con ansia la aparición de la diva, que debía de ser en esa escena. Reinaba silencio sepulcral y todas las miradas no se apartaban un punto del bastidor de salida, la puerta exterior de un templo rural. Salió, y ahí sí que fué la ovación; unos por paga, otros por gusto, éstos por conocedores, aquellos por imitación, parece que apostaban todos á despedazarse las manos, á juzgar por la furia con que aplaudían. El maestro llevaba rato de tener suspendida la batuta sobre la cabeza de los filarmónicos, y nada; venía una tregua, ya se creía que iba á escucharse el canto, y una palmada aislada, tímida, casi vergonzante, bastaba para sembrar la alarma y el arrebató. Y de veras que estaba guapa la diva, vestida de novia, con corona, ramo y guías de azahar en todo el vestido, que le llegaba muy poco más allá de las rodillas; zapato bajo de raso, media de seda y un velito artísticamente prendido, que realizaba los detalles de su rostro ovalado y bien hecho. Agradecía el recibimiento alzando los ojos con mortificación y dirigiendo una mirada tan cándida y tan inocente, que parecía una forzada y no una artista; reía y mostraba una doble hilera de dientes blancos y esmaltados y un par de hoyuelos que acaba de entusiasmar á los más calmados; habíase detenido ante la concha del apuntador y parecía realmente que la ovación la embargaba; pero no bien venció la orquesta, cuando le hizo una seña de inteligencia al maestro y comenzó sus prime-

ras coplas en dúo con el tenor cómico y contestadas por el coro de señoras que la rodeaba.

Quejábase de varios desaguizados que el marido había cometido en la iglesia, lloraba á gritos, enjugándose los ojos con el dorso de la mano, como chiquilla mal educada y concluía sus coplas con este estribillo.:

—“Si lo supiera mi mamá”...

El tenor cómico, que hacía de alcalde de pueblo y de padrino, con una barriga colosal y una nariz como remolacha, respondía haciendo muchos visajes y acompañado del coro:

—“Es cierto, si lo supiera su mamá?... ”

Y aunque aquello nada tenía de sobrenatural, era tal su gracia, tal la cara del padrino, la afinación del coro y lo agradable de la música, que el público lo hizo repetir, riendo de muy buena gana.

El éxito de la pieza y el de la compañía estaban asegurados.

Desterróse el miedo de parte de los artistas, y más en carácter, acentuaban los chistes, multiplicaban los retruécanos y trabajaban con positivo ardimiento. Venía después el novio, en medio de los varones de la aldea, que lo reprendían por su indigno comportamiento, y él, se excusaba alegando haber seguido únicamente los consejos de su papá. Estábase á punto de reconciliar á los recién casados, él solícito y tierno, y ella huraña y resentida, cuando con gran estruendo aparecían varios enmascarados, espada en mano, que ponían en fuga á los paletos y, en las barbas del novio, le quitaban

á su mujercita huyendo con ella, mientras él se daba á todos los diantres, la orquesta tocaba á la sordina, reminiscencias de: “Si lo supiera mi mamá” y el telón caía rápidamente.

El entreacto fué un verdadero alboroto; salían los hombres uno tras otro y se dirigían á la cantina, donde costaba un triunfo y precio doble hacerse servir. Carlos, contra su costumbre, también entró; sentía la boca seca y la necesidad de tomar algo, se había reído tanto! Y sin fijarse, pidió una copa de ginebra que apuró de un sorbo. A poco más le da asma; se estuvo tosiendo y llorando á lágrima viva por los esfuerzos para tragar, apoyando una mano contra el muro y limpiándose, con el pañuelo en la otra, el copioso sudor que derramaba. Prometiósese la enmienda y se marchó de nuevo á su asiento. Pasaba en los pasillos por entre la gente agrupada que hacía comentarios sobre el mérito de la pieza y sobre la moral de las *ejecutantas*, y á penas si se fijó. Al fin y al cabo, qué podían importarle? Si las chicas admitían proposiciones razonables, allí estaba él, y si no, qué le había de hacer? Lo que sí le chocó y bastante, fué oír que la diva estaba comprometida para casarse tan pronto como regresara á su país.

—Bah, sería mentira! No se expone uno así tan fácilmente á... Exageraciones, cómo podían saberlo?

Continuó la representación. El segundo acto se desarrollaba en el castillo de uno de los enmascara-